

Discurso de Manuel Rivas en el acto de entrega del Premio CEDRO 2025

Madrid, 25 de abril de 2025

Yo estoy aquí hoy para dar las gracias.

Dar las gracias por este premio, dar las gracias al jurado, y sobre todo dar las gracias a las personas que de forma permanente defienden los derechos de autor, el patrimonio intelectual, la valoración del trabajo cultural y unas mejores condiciones para que fermente el trabajo creativo.

Defender los derechos de autor es también defender una sociedad decente y de democracia avanzada.

Y tengo que dar las gracias también por el lugar elegido. En el fondo submarino, en Galicia, la cultura popular distingue dos espacios contrapuestos. Es una psicogeografía que me parece extraordinariamente metafórica para la sociedad humana. Por un lado, el *almeiro*. Es el lugar de cría, de desove. El vivero. El cardume. El lugar nupcial, del deseo. Con sus rocas de abrigo y prados de posidonia. El lugar de Eros, de la excitación creativa. Y el contrapunto es la Marca do Medo (la Marca del Miedo), el lugar del esquilme, de la depredación, de la memoria de la dinamita o de la contaminación de la «marea negra». El lugar de Tánatos, de la muerte. Se dice que los peces no tienen memoria, pero tienen la suficiente para saber adónde no tienen que ir. A la Marca del Miedo.

En *Luces de Bohemia*, uno de esos momentos geniales de la boca de la literatura es la conversación que mantienen en la oscuridad del calabozo de Gobernación el poeta ciego Max Estrella y Mateo, un obrero catalán allí preso y a la espera de tormento. Es este Paria, como él mismo se presenta, quien afirma: «En España el trabajo y la inteligencia siempre se han visto menospreciados. Aquí todo lo manda el dinero». La edición definitiva de esta obra magistral de Valle Inclán, que no se representaría hasta 1970, se hizo en 1924. Poco tiempo antes, en 1921, se había publicado por vez primera *La Biblia en España*, en traducción de Manuel Azaña. La obra de George Borrow se había publicado en inglés en 1842 y es, tal vez, el más apasionante libro de viajes de todos los escritos sobre España. Además de muy ameno, es una auténtica sonda de profundidad para saber de qué contexto cultural histórico venimos. También resulta apasionante imaginar a Azaña traduciendo esta obra. Por ejemplo, el episodio en que Borrow se está bañando en el río Tajo. Es de noche y oye primero unos murmullos de gente escondida y luego unas voces que dicen: «¡Sal del agua, inglés, y danos libros!». Imagino también la mirada de Azaña cuando se dispone a traducir una apreciación de Borrow: «Aunque suene a cosa rara, España no es un país fanático».

¿A qué da que pensar?

Gracias, pues, al Ateneo y a Cedro por convocarnos en este *almeiro*. Azaña y Valle Inclán coincidieron aquí muchas veces. Se admiraban, se respetaban, se leían. No les pasaba aquello que decía Malaparte: «Los escritores contemporáneos no se leen entre sí, ¡se vigilan!». Y Valle Inclán y Azaña vivieron en una extrema fragilidad, manteniendo laboriosamente la dignidad y la libertad del trabajo intelectual. Compartían esas cualidades que más se estimaban en los talleres de pintura de Holanda: la mirada fértil y la mano sincera. Sin mirar para otro lado, sin mandar la conciencia de vacaciones. Siempre con la desinteligencia apostada, velando armas en la Marca del Miedo.

Pero aquí estamos, en el *almeiro*, gracias a ellos, entre otros, gracias a la memoria entendida no como nostalgia sino como una saudade del porvenir, como un rescate de la esperanza. Y ejerciendo un derecho que debería figurar a la cabeza de los derechos humanos, el derecho a soñar, a descolonizar la imaginación. Y mantener nuestra soberanía, el pensamiento crítico, frente a los depredadores de la atención.

También esta época tiene su Marca del Miedo. Y no es un riesgo menor. De hecho, podemos decir que todo el planeta está situado, con diferentes intensidades, en una línea de riesgo. Vivimos una situación de emergencia, una era Mayday, de extralimitación ecológica. A la crisis planetaria medioambiental se suma un proceso de deshumanización y descivilización impuesto a golpe de algoritmo en un sistema que el griego Yanis Varoufaquis define, y creo que con acierto, como Tecnofeudalismo, un poder que parece estar por encima de los estados y las instituciones democráticas, y dominado por un puñado de oligarcas a los que llama Señores de la Nube.

Uno de estos magnates, Bill Gates, el amo de Microsoft, que gusta presentarse como filántropo, declaró días pasados y en la universidad de Harvard: «En una década, la inteligencia artificial hará innecesarios a los humanos para la mayoría de las cosas». Podría interpretarse como el anuncio de una gran promesa. Incluso podría haber hecho uso del humor tumefacto y neoliberal de Milton Friedman cuando formuló su utopía: «Una democracia en la que cada uno podrá, por fin, elegir el color de su corbata».

Pero, ¿qué es lo que dice Bill Gates? Dice que depende. Dice, y es literal: «La Inteligencia Artificial, mal empleada, podría reforzar desigualdades, desplazar trabajadores y sembrar confusión en lugar de conocimiento». El CEO de Inteligencia Artificial de Microsoft, Mustafa Suleyman, autor del libro *The Coming Wave* (La ola que viene), es más directo. Lo que conlleva el avance fulgurante e incontrolado de la IA no es una evolución del trabajo humano sino una sustitución. En síntesis de Sergio Parra, esta ola tecnológica tendrá un

efecto «enormemente desestabilizador», llevándose por delante muchas profesiones. Literal: «Un nuevo modelo productivo donde muchas manos ya no serán necesarias».

Voy a ser sincero. A mí todo esto me recuerda lo que dijo Gustave Flaubert, espoleado por un conflicto moral. Le gustaría vivir en una torre de marfil, pero, de vez en cuando, aparecía una «*avalanche de merde*» que lo sacudía todo. Si quienes están en el puesto de mando no ofrecen otro rumbo que la incerteza, mientras se pelean por los mejores camarotes del Titanic, cabe esperar una gran avalancha de *merde*.

Estos magnates, dueños de las grandes plataformas digitales y de los desarrolladores de IA, que en muchos casos tienen a su servicio a mandatarios que actúan como subalternos, se niegan a regular con seriedad esta maquinaria de un poder hasta ahora desconocido. Mientras tanto, y en una segunda parte de extracción delictiva del patrimonio intelectual, después de la gran fase de piratería digital y depredación por los grandes navegadores y buscadores, cuando se les reclama regulación, que paguen impuestos y que remuneren a aquellos a quienes expolían, reaccionan ofendidos como aquel personaje de *Rinconete y Cortadillo*: «¡Yo pensaba que el oficio de robar era libre!». Al menos, en esta *nouvelle* de serie negra de Cervantes, el pillo confesaba su vocación: «Si señor, yo soy ladrón para servir a Dios y a la buena gente».

Quienes se niegan a la regulación y entorpecen el control legal y de los estados democráticos lo que hacen, de facto, es imponer su propia «regulación» en forma de «desorden». El Tecnofeudalismo.

Para el capitalismo impaciente una década no es nada. La suma de codicia y velocidad puede montar un infierno en un santiamén. Le basta con hacer desaparecer el horizonte e instaurar la esperanza negativa. La atmosfera se llenará de DDT: Despotismo, Depredación y Terror Semántico para la intoxicación del lenguaje hasta secarle la raíz y que las palabras ya no quieran decir lo que fueron.

Lo que está en juego no es el patrimonio intelectual, que también. Lo que está en juego es una derrota de la humanidad.

La dignidad del trabajo cultural, la educación pública, las universidades y la investigación, son el corazón central del bienestar. El talento y la creatividad es el principal recurso de un país. Pero este es el núcleo de polinización que está siendo bombardeado por una avalancha reaccionaria global.

Los derechos de propiedad intelectual son una zona prioritaria a defender frente a la codicia y la depredación a gran escala. Sin regulación estricta, y sin una ética eficaz de la empatía, existe el peligro real de que los nuevos emporios

tecnológicos propicien un gran expolio del patrimonio intelectual y creativo. España debe ser un espacio de vanguardia a la hora de regular el uso de las nuevas tecnologías y garantizar los derechos de los creadores en base al consentimiento, la transparencia y la remuneración.

La defensa de estos derechos es un asunto profesional, sí. Pero no solo profesional. Ni sectorial. En el ecosistema cultural, en sus diferentes círculos, en su diversidad, trabajan cerca de 800.000 de personas, sin contar la enseñanza, y con un crecimiento sostenido que incorpora sobre todo a gente joven, entre 16 y 34 años. Todavía hay algunos rescoldos de aquel menosprecio al que se refería el anarquista de Luces de Bohemia, incluso ilustres ignorantes que huevean con el estigma de «cultura subvencionada». Estamos hablando del Gran Almeiro, de la cultura como el primer taller o vivero de España, de una excitación creativa que poliniza y fermenta toda la sociedad. Siempre ha sido así en los mejores momentos. La conquista del pan de la mano de la conquista del libro. El modelo económico de progreso entendido como crecimiento infinito es inviable. Hay que poner freno a esa locomotora que ya ha descarrilado. Deberíamos unirnos más, construir una gran unión en la diversidad, alrededor de la idea germinal de una «nueva abundancia» que comienza con esa tarea cultural que es descolonizar la imaginación: más tiempo libre, más salud, más erotismo, más libros, más cine, más naturaleza, más comunidad. Porque ese es el dilema al que estamos abocados: O comunidad o caos. En esta sala Azaña del Ateneo de Madrid podemos confabularnos para cultivar aquello que se esperaba de los aprendices en los talleres de pintura de Flandes: la mirada fértil y la mano sincera.